

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. Advertencia.—*Domingo de Ramos*, por D. Leon Carbonero y Sol.—*A Jerusalem*, poesia, por D. José Lamarque de Novoa.—*La Redencion*, por María del Pilar Sinués de Marco.—*A la Santisima Virgen Maria, en su soledad*, poesia, por doña Antonia Diaz de Lamarque.—*Ecce Homo*, por el Conde de Fabraquer.—*Soneto*, por D. Manuel del Palacio.—LAMINA. *Jesus con la Cruz á cuestas*.

ADVERTENCIA.

Dedicamos todo nuestro número de hoy á conmemorar la pasion y muerte de nuestro Redentor, asociándonos á la solemnidad que celebra la Iglesia.

LA REDACCION.

DOMINGO DE RAMOS.

(Imitacion oriental).

En los dias de la esperanza de Israel, vino á la hija de Sion palabra de verdad y de consuelo; voz del Señor Dios, que descendió sobre los collados como lluvia temprana en los valles de la desolacion, como rayo de luz en la noche de la oscuridad, como iris en el cielo de los diluvios, como bálsamo en las llagas del herido, como rocío en la flor abrasada por el sol, como agua en los labios del sediento.

Y la hija de Sion abatió su cabeza sobre el césped de sus valles y exclamó:

«Habla, Señor, que tu sierva ha abierto sus oidos para escuchar la voz que quiere engrandecerme... Habla, Señor, á mi corazon, porque mi corazon desea tus palabras como el cautivo la libertad, como la virgen la pureza, como el caudillo la corona de sus triunfos, como el enfermo el dia, como la abeja el cáliz de las flores, como los hijos de la tórtola la vuelta de la madre que con sus alas los cobija, que con su pico los nutre, que con su arrullo los recrea.

Habla, Señor, á tu sierva, porque tus palabras son de vida, porque tu acento es de paz, porque tu voz es la esperanza de las gentes.

Háblame, Señor, para que yo te oiga...

Yo seré tuya, Señor... porque tú has abierto el tesoro de los prodigios, porque á mí ha llegado el eco de tus maravillas, porque yo soy la designada por los que te precedieron para allanar el camino de tus designios.

AÑO I.—NÚM. 11.

Háblame, Señor, y mis labios anunciarán tus deseos; y mi pié irá en pos de tí, y mis manos se alzarán á los cielos, si deseas mis súplicas, sacrificarán víctimas si anhelas holocaustos; y las ornaré con jacinto si me quieres por esposa, y con cadenas si me reclamas como cautiva.

Tú eres, Señor, el que mi alma desea para su reposo, el que me embriaga de amor y de dulzura, tú eres dueño de mi voluntad, tú eres el que esperé con ansiedad, el que invoqué con voz de llanto, el que mis ojos descaban admirar, mi corazon poseer y mis labios ensalzar.

Háblame, Señor, con la voz de tu suavidad... con esa voz que salva y no condena... con voz de esposo que fascina, con voz de amante que enamora, de padre que consuela, de pastor que atrae, de juez que perdona, de un Dios que es lluvia de misericordias.

Yo te amo, Señor, con el amor de las vírgenes y de las madres, con el amor de las flores: mi corazon es pira del fuego con que le consumes.

Yo te amo como las flores á la brisa, como los arbustos á la primavera, mas que el enfermo la salud, mas que una madre al mas pequeño de sus hijos. Dí, Señor, qué quieres de tu sierva, que tu sierva seguirá la senda de tus mandamientos.»

La hija de Sion selló su súplica con el sello del silencio, y esperó.

Y vino á sus oidos palabra que decia:

«¡Jerusalem!... ¡Jerusalem!... prepárate para la mayor de tus solemnidades.

El anunciado en la ley y por los profetas, viene á tí... abre tus brazos para recibirle, tus labios para alabarle, que tu corazon sea morada del mejor de los esposos, alcázar del mas grande de los reyes, tabernáculo del Santo, del Inmaculado, del Rey de gloria, del hijo de David, del Salvador de las gentes...

Canta el cántico de nuevas alabanzas y da gloria al glorificador de las naciones.»

Jerusalem se sintió inundada de alegría y levantó su cabeza de la alfombra de sus campos... y subió á la torre de Hananeel y á los collados de Gareb y de Goatha; y fué á las orillas del torrente Cedron, y á la puerta de Benjamin y al monte Moria, y desde ellos anunció á sus hijos la nueva de su felicidad, diciendo....

«Venid, venid á poner en mis sienes la diadema de la gloria, porque el Señor me visita en su misericordia... Venid á ceñirme la guirnalda de la belleza, porque el Esposo me escogió entre todas las hermosas de Judea...

MADRID 24 DE MARZO DE 1864.

Venid á vestirme el cendal de la pureza, porque puro es como el sol el que ha de descansar en mi regazo.

Dadme el manto de la majestad, porque él es Rey de los reyes... Poned en mi mano el cetro de la dominación, para rendirlo al que es dueño de vuestra Señora.

Recorred mis valles y jardines, segad sus flores y derramadlas en el camino de Sion...

Cortad los renuevos de mis olivas y de mis palmeras... teged guirnaldas... cubrid mis muros y mis calles con los tisúes de mis alcázaros... sembrad en ellas las piedras con que adornais vuestra hermosura para deslumbrar los ojos de los hijos de los hombres, venid, venid á ser partícipes de mi gloria... pasaron las noches inquietas de los deseos y llegó el día del cumplimiento de las ofertas...

Hasta hoy habeis sido mis esclavas, hoy rompo los hierros de vuestra esclavitud, y señoras sereis como vuestra Señora.

Enviad mensajeros que vayan desde el mar grande al átrio de Enon, desde Thamar á las aguas de la contradicción de Cades... anunciad al mundo mi ventura porque yo no seria dichosa si un pueblo no tomara parte en mi alegría...»

Y las hijas de Jerusalem corrieron como corzas de Bether y vistieron las túnicas de la solemnidad, y cortaron en los valles y en los campos las flores que habian de simbolizar la espresion de sus sentimientos y las virtudes del amado de la hija de Sion.

Y cogieron la flor del granado, que significa la caridad; la del manzano, los frutos del amor divino; el ciprés, la contemplacion; el cinamomo, la justicia; el nardo, la esperanza; la palma, la victoria; la oliva, la paz; la yedra, la humildad; el eliotropo, el respeto; el laurel, la gloria; el lirio, la pureza, y la rosa, el pudor.

Y alfombra de brillantes matices, fueron los caminos de la hija de Sion, para que sobre ellos anduviera el que merece tener por escabel las cabezas de los serafines, el que encendió el sol en su pupila, el que sembró el cielo de estrellas, el que se hizo hombre para que el hombre se uniera á su Dios.

Virgenes y madres, sacerdotes y sayones, niños y ancianos, judíos y gentiles, sábios é ignorantes, todos felicitan á la hija de Sion, todos la siguen por sus calles y con ella van hasta la puerta de los triunfos; y allí esperan en silencio hasta que aparezca el deseado de las gentes.

Y en aquel día se reflejaba el sol sobre las torres de Jerusalem como en cimera de metal bruñido; la brisa embalsamaba los aires; las aves desplegaban sus alas pintadas, volando sobre las hijas de la hija de Sion.

Todo era alegría, todo era paz, todo era maravilloso; todo debía serlo para recibir al que es padre de la paz, dador de la alegría, creador de los prodigios.

Al fin apareció el hijo de David y á las bóvedas del firmamento subieron los cánticos de los hombres, y á la tierra descendió el eco de las alabanzas de los ángeles.

La hija de Sion se adelanta seguida del coro de sus virgenes, de sus mancebos, de sus varones fuertes, de sus doctores, de sus ancianos y de sus niños, y sale á recibir al que viene, no como Salomon rodeado de sus sesenta valientes,

sino de hombres cuya pobreza representaba todo su poder: al que llega, no en litera de maderas del Líbano, como el cantor de los mil y cinco cánticos; ni en suntuosos carros como los reyes de Faraon, no armado de escudo como los moradores de Libia ni de flecha como los de Lidia, ni de hacha como los leñadores de Caldea....

La humildad es su diadema y su carroza, la pobreza su acompañamiento.

Nadie le aclamaria por Rey si la fé no descubriera en su frente la aureola de su divinidad. La fé iluminó los ojos de Jerusalem.... La fé abrasó su corazón.... la fé abrió sus labios y esclamó:

«Hossana al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor...!

Medianero eres como Noé *entre las iras de Dios y los pecados del mundo*.... ¡Gloria á tí por los siglos de los siglos!

Mas grande eres que Abraham, porque tú eres padre de todas las generaciones. ¡Alabanzas á tí que eres el mayor de los Patriarcas!

Tú eres sucesor de Aaron en el sacerdocio. ¡Llor á tí el Sumo Sacerdote!

Máximo eres como el hijo de Nun y mas benéfico que él, porque él lanzó sus manos contra Hay, y sus dardos contra los Amorreos y tú tienes piedad de mí....

Salud á tí que no eres glorificado por terror de tus enemigos, sino por amor de los que te desean.

Cánticos á tí que nos haces olvidar los milagros del que fué arrebatado á los cielos en carroza de fuego deslumbrador.

Entra, Señor, en Jerusalem, porque para tí he abierto la puerta oriental de mi Sinagoga....

Entra á purificar esta tierra con el rocío que caia de Hamonah contaminada con la muchedumbre de Gog.

Haz brotar los raudales que corrian desde Engaddi á Engalim, mas claros que los de Hebron y dulces como la miel de mis colmenas.

Flor eres nacida de la raíz de Jesé, que brotó de tierra nunca removida por el hierro....

Rosa eras de Saron, planta del campo, que halló sus delicias en la soledad, lirio de los valles, mas fresco que el altivo que nace en los montes, mas lleno de fragancia cuanto mas humilde.

Manzano eres entre los árboles de las selvas.... ciprés de Jerichó y vástago de las viñas de Engaddi.

Pimpollo eres de justicia que crece en la cumbre del Carmelo, bálsamo que brotó de las incisiones del árbol de Galaad. Gloria á tí, guirnalda de los jardines de la divinidad.... Paz á tí, pebete de los aromas celestiales....

Cantad, hijas de Jerusalem, cantad al que salvará las reliquias de Jacob.

Seguidle á los montes de su amor como tórtolas enamoradas.

Virgenes de Jerusalem, no cesemos de alabar al amor de los amores.

Doctores de la ley, santificad al depositario de los misterios; al que puso su sello en el libro donde lee la divinidad.

Muéstranos, Señor, los caracteres en que está escrita tu ciencia; pues que tus hijos no los quemarán como los que arrojaron al fuego el rollo de Baruch.

Oid.... oid.... la voz del maestro y del profeta como oyeron los Mechabitas la voz de Jonadab.

¡Ensalzado sea el que allana los caminos á los hijos de Israel!

¡Glorificado sea el sábio mas digno de cánticos de gloria que la sabiduría de los hijos de Themant, mas rico en amor que Merrha, tesoro del comercio de los hombres, mas digno de admiración que Chanaan la industriosa y que los ingeniosos descendientes de Agar y de Ismael!

¡Alabado sea el que viene á nosotros con ojos de fuego, como paloma de la Siria... como pelícano de los amores... como tórtola de los arullos... como águila que desciende de los cielos...

¡Loor eterno al que levantará casas de cedro, al que pondrá en un templo artesonado de alerce incorruptible, pebete de incienso, de mirra y de aloe, pavimento de mármoles y jaspes; porque puro es su amor como los cedros y árboles del Libano; porque suave es su palabra como la resina aromática de las selvas, porque alto y elevado es como las florestas de Basan!

Así entró en Jerusalem el Hijo de David, así le ensalzó con sus cánticos la hija de Sion...

Yo la he seguido, Señor, en mi corazón, yo también he abierto mis labios para cantar tus alabanzas... Perdona á tu siervo, Dios mio, si contaminado por la corrupcion, ha proferido su lengua impura palabras que no debió pronunciar antes de purificar su alma con el fuego del arrepentimiento.

LEON CARBONERO Y SOL.

A JERUSALEM.

Dabo domum istam sicut Silo,
et urbem hanc dabo in maledictionem
cunctis gentibus terra.

(JEREM., cap. xxvi, v. 6)

Triste Sion, tu manto
Rasga en señal de perdurable duelo;
Alivio sea á tu dolor el llanto,
Que eterno es tu quebranto
Y á la vez lo publican tierra y cielo.

Por la maldad guiados
Tus hijos á su Dios desconocieron;
Diéronle dura muerte despiadados,
Y en su furor, osados,
Su nombre y su poder escarnecieron.

¡Ay! llora; el sacrificio
Ya consumado está... La turba ciega
Huye aterrada del fatal suplicio,
Que, de su culpa indicio,
Tiembla el orbe y su luz el sol le niega.

Y el trueno ruje airado,
Desátase la mar embravecida,
El hirviente volcan brama irritado,
Y el mundo vé asombrado.
En los sepuleros penetrar la vida.

Tiembla, Sion!... Llegada
Es para tí la hora... Infausta guerra
Dejará tu campiña desolada;
Tu prole desdichada
Amparo no hallará sobre la tierra.

Del Gólgota en la cumbre
Aun yace Dios, pendiente del madero:
Cércale en torno misteriosa lumbre,
Amor y mansedumbre
Muestra la faz del celestial Cordero.

Amor, amor profundo
Que eterno bien y salvacion ofrece:
La esperanza por él reina en el mundo,
Y Luzbel iracundo
Vencido, en sus cavernas se estremece.

Mas ¡ah! que designado
El Verbo fué cual victima expiatoria
Para lavar la mancha del pecado,
Y su sangre ha regado
La palma celestial de esta victoria.

La existencia debia
Costar de un Dios, y de su Madre tierna
El ardoroso llanto, que seria
Ofrenda dulce y pia
De paz y amor y de ventura eterna.

Ella siguió anhelante
Los pasos de Jesus: de pena herida
Tinto en sangre miró su albo semblante,
Y muda, palpitante,
Hora ¡ay, triste! en la cruz lo vé sin vida.

¡Oh, Madre! Sin consuelo
Vuelves los ojos hácia el Hijo amado:
El era solo tu constante anhelo...
¿Quién ya podrá en el suelo
Dar alivio á tu pecho acongojado?

El mundo nada encierra
Que lenitivo á tu afliccion señale:
De la muerte el silencio tu alma aterra,
Sola estás en la tierra...
¡Ay! no hay dolor que á tu dolor iguale.

¿Cómo al ver tu tristura
No se conmueve el pecho del impío?
¡Oh! Déjame un momento, Virgen pura,
Unir en tu amargura
A tu llanto de amor el llanto mio.

Venid, los que del alma
También ante el dolor verteis el llanto;
Del martirio con él regad la palma,
Consuelo y dulce calma
Ofreced á María en su quebranto.

Y tú, ciudad deicida,
Si de Jesus la suma omnipotencia
Adivinas de horror estremecida,
Llega á sus pies rendida,
Que es fuente inagotable de clemencia.

Mas ¡ah! que el orbe entero
De tu impiedad, ¡oh pueblo! es ya testigo.
No hay perdón para tí... Grande y severo
Se alza el Dios justiciero...
¡Su eterna maldicion irá contigo!

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

LA REDENCION.

Entonces les dijo: *mi alma está triste hasta la muerte: quedaos aquí y velad conmigo: y adelantándose un poco, se postró sobre su rostro y oró en estos términos: «Padre mio, si es posible, pase de mi este cáliz: mas no se haga como yo quiero, sino segun tu voluntad...»*

(Pasion de Jesus.)

Vosotros todos los que haceis alarde del hastío, que, aparentado ó realmente sentido, ostentais en cuantas ocasiones de la vida os es posible, volved la vista al sagrado drama del Calvario, para hallar alguna sensacion que llene vuestras almas heladas y descreidas: vosotros, que segun pensais habeis descubierto todos los arcanos de la ciencia, que habeis resuelto todos sus problemas, que habeis agotado todos los placeres de la vida; vosotros, séres gastados y escépticos, seguid paso á paso el martirio de vuestro Redentor, y tal vez á vuestros ojos secos asomarán lágrimas, que refresquen vuestras almas marchitas.

Y vosotros tambien, séres desgraciados, que arrastrais una vida de trabajos y privaciones, vosotros que habeis encerrado en una tumba solitaria todos los amores, todas las esperanzas de vuestros corazones; vosotros que lamentais pesares sin remedio, venid á encontrar un consuelo á vuestro dolor, meditando en la amarga pasion del Hijo de Dios.

De la cruz sagrada que se elevó en el Gólgota, ostentando por bandera de la fé el cuerpo herido y maltratado de Cristo, brotó la sublime y hermosa figura de la religion cristiana.

Antes que Dios nos enviase á su hijo para enseñarnos el camino del cielo, la humanidad gemia desolada, sin un puerto donde acogerse en el mar de las pasiones.

La idolatría, la impiedad, la disolucion, tenían minado el mundo, que amenazaba venirse abajo, transformándose en horroroso caos.

Pero Dios nos tendió su mano salvadora, y nos envió al dulce, hermoso y pacientísimo Jesús, para que redimiese nuestra esclavitud, para que lavase con su inocente sangre las culpas del género humano.

Su vida nos ofrece sublimes ejemplos para todos los estados de la nuestra, pero ejemplos tan bellos, poéticos y elevados, que á ninguna otra cosa de las que nosotros hemos inventado, pueden compararse.

Porque nada hay mas hermoso, nada mas dulce ni que mas atractivos posea que la virtud.

Ved á Jesus en su infancia, y tendreis una imagen de cuanto mas amable puede producir la niñez.

Vedle en la adolescencia, y hallareis la encarnacion del amor mas sublime; de ese amor que se apoya en la caridad y cuyo lema es: *amemos al prójimo como á nosotros mismos.*

Vedle en la juventud, idealizando mejor aun el amor acendrado y bienhechor á los hombres: vedle enseñándonos las santas doctrinas que han de conquistarles la salvacion eterna; peregrinando por ellos en la mayor pobreza por toda la Judea; sufriendo ayunos, privaciones y toda clase de necesidades corporales; y ved, en fin, es-

ta hermosa juventud, coronada por el inmenso sacrificio de su muerte.

Jesucristo es la personificacion de ese amor, mártir de su propia grandeza, cuyo remedo busca siempre anhelante el egoismo humano, lamentándose incesantemente de no poderle columbrar siquiera.

Sí; los mortales medimos comunmente el amor por los sacrificios que nos hace, y nos parece el mejor aquel que con mas silenciosa abnegacion se inmola; solo al amor héroeico somos sensibles en lo general, pues aunque muchas veces creemos amar, el tiempo viene bien pronto á desengañarnos, y la pasion mejor sentida eclipsa, á nuestros ojos, todas las demás que las han precedido.

Y sin embargo, apenas pensamos alguna vez en el amor inmenso de que tan sublime prueba nos dió nuestro Salvador.

Apenas se conmueve el corazon al verle clavado en la cruz, ni al representarse los tormentos que precedieron á su muerte; porque si una sola vez se conmoviese hondamente, jamás nos haríamos ya reos de las culpas de ingratitud en que incesantemente incurrimos.

Y no pensamos en ese amor inmenso, no se conmueve nuestro corazon, porque nos falta la fé.

Abramos, pues, el alma á esa celeste mensajera, y meditemos en la pasion de Jesus en estos dias en que la Iglesia se cubre de luto.

¿Quién no llora lágrimas amargas imaginándose al Salvador del mundo sufriendo los bárbaros azotes de la columna?

¿Quién no le sigue palpitante en su amargo camino hasta la cumbre del Gólgota?

¿Quién no solloza ante la angustia de aquel hijo que, al ver la de su madre, se siente morir mil veces bajo el peso de la cruz?

¿Y quién no desfallece de pena al contemplar el dolor de María?

Madres, que amais á vuestros hijos, y que sentis todos sus dolores mas que los vuestros propios: ¡pensad en la bárbara tortura que sufrió la Madre de Nuestro Redentor! Vedla marchar tras él, contemplando aquella forma ensangrentada y medio desnuda, aquel rostro cubierto de un frío sudor y de copiosa sangre, que no ha podido secar la encadenada mano del Hijo de Dios: vedla escuchando como clavan en la cruz aquel cuerpo tan amado, y despues de enarbolada aquella, vedla al pié del madero, temblorosa, pálida y angustiada, al tímido fulgor de las estrellas.

La Santa Virgen cifraba en la muerte su sola y mas halagüeña esperanza; mas el Redentor, al ver retratada la agonía en su semblante, volviose á mirar á su mas querido discípulo Juan; la fisonomía del apostol copiaba fielmente todos los dolores de María, y Cristo, dirijiéndose á él, le dijo:

—«Hombre, he aquí á tu madre:» y volviéndose á su madre, añadió:

—«Mujer, hé aquí á tu hijo.»

De este modo enlazó Jesucristo aquellas dos existencias, que aisladas debian extinguirse bien pronto.

De este modo nos significó que María quedaria para siempre nuestra madre, pues el apostol simbolizaba el género humano.

Luego volvio Jesús sus abatidos ojos hacia esa region del Oriente, que aguardaba tanto tiempo hacia la luz; y su cuerpo santo, clavado

en la cruz, fué tremolado cual un estandarte, á la vista de las naciones infieles.

Entonces el pueblo maldito dió un ronco y prolongado rujido de alegría, y ahulló de esta manera:

—¡Salud al rey de los judios! ¡Si eres el hijo de Dios, baja de la cruz! ¡Cómo no acude tu padre en tu auxilio?

Ni una queja se escapó de los lábios de Jesús: selló con su sangre la grande obra de nuestra redencion, é imploró de su Eterno Padre el perdon de sus verdugos.

¡Luego dió un grito, y espiró!

La tierra se cubrió de sombras: tornóse el sol sangriento; quebráronse las piedras, y los muertos, resucitando, entraron en Jerusalem.

Y los demonios lanzaron ruidos de dolor, porque el género humano estaba salvo por el sacrificio del Cordero.

Desde aquel dia lució la cruz de la fé; el Evangelio se difundió por el mundo, y fuimos hechos hijos de Dios y herederos de su gloria.

¡Ah! no hagamos inútil, con nuestras culpas, el cruento sacrificio de Cristo! ¡Abriguémonos al estandarte de la fé! ¡No cerremos los ojos á la luz que con tan amargo martirio nos conquistó el Hijo de Dios; y en las mas duras pruebas de nuestra vida, busquemos fortaleza en el recuerdo de la bárbara pasion que sufrió el Salvador para redimirnos!

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

A LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

EN SU SOLEDAD.

Ya del Calvario descenden
Y silenciosos caminan
Los que á la tumba conducen
Al Cordero sin mancilla.
Tú á pasos lentos los sigues,
Triste Madre dolorida,
Y acerbas lágrimas corren
Por tus pálidas mejillas.
No hay en la tierra esperanza,
No hay consuelo en tus desdichas,
Que del sol de tu existencia
Se eclipsó la luz divina;
Y con triste voz murmuran
Cuantos en torno te miran:

*No hay pena como tu pena,
¡Oh, dulce Virgen María!*

Al pié del fatal suplicio,
En Jesus la vista fija,
Silenciosa contemplaste
Su prolongada agonía.
Luego exánime en tu pecho
Lo estrechaste dolorida,
Y hora... ¿dónde vas ahora?
Vuelve, ¡oh, Madre! no le sigas.
Tiembla asombrada la tierra,
Roncos los mares se agitan,
Los sepulcros se estremecen,
Anubla su antorcha el dia;
Parece que el orbe todo
Con lúgubre acento grita:

*No hay pena como tu pena,
¡Oh, dulce Virgen María!*

Mas ya sus pasos detiene
La piadosa comitiva,
Tú apresurada te acercas
Ansiosa, trémula miras...
Blanco sudario conducen...
¡Ay de tí, Madre afligida!
Envuelto en él vá tu Hijo,
Tu tesoro, tu alegría,
Y ya le espera la tumba
Para ocultarlo á tu vista.
Inmóvil al verlo quedas,
Anúblanse tus pupilas,
Y los piadosos varones
Dicen con voz compasiva:

*No hay pena como tu pena,
¡Oh, dulce Virgen María!*

Lánguida inclinas la frente
Cual azucena marchita:
No hay ya para tí consuelo,
Que losa pesada y fria
Los pálidos restos cubre
De la vida de tu vida.
¡Ay! en tus convulsos lábios
Trémulo el acento espira;
Quieres llorar, de tus lágrimas
La fuente quedó estinguida:
Hiélase de horror tu sangre,
Tu corazon no palpita,
Yerta cual marmórea estatua
Quedas al dolor rendida.

*No hay pena como tu pena,
¡Oh, dulce Virgen María!*

Empero Dios te dá aliento
Para que el dolor resistas,
Y hasta las heces apures
El hondo cáliz de acibar.
Ya del sepulcro te alejas;
Muda, pausada caminas,
Atrás volviendo los ojos,
¡Oh, qué amarga despedida!
¡Y do tus pasos diriges,
Rosa del cielo bendita?
¡A dónde irás que no sientas
De dolor el alma herida,
Si ya en soledad profunda
Tu amante pecho suspira?

*No hay pena como tu pena,
¡Oh, dulce Virgen María!*

Cada paso es un recuerdo
Que acrecienta tu agonía;
Allí el Redentor del mundo
Dobló su frente divina,
Y cayó al suelo agobiado
De dolor y de fatiga:
Allí al pueblo perdonaba
Que feroz le escarnecia:
Allí en tus amantes ojos
Clavó un momento la vista,
Y piedad y amor profundo
Te espresaron sus pupilas.
¡Cuántas memorias crueles
Tu corazon martirizan!

*No hay pena como tu pena,
¡Oh, dulce Virgen María!*

El silencio de las tumbas
 Reina en la ciudad deicida,
 Del sol la eclipsada antorcha
 Se alejó á remotos climas,
 Y las mas negras tinieblas
 Suceden al triste día.
 ¡Oh, noche, lúgubre noche
 de amarguras infinitas!
 No hay voz humana que espese
 Tu dolor, Madre afligida.
 Corred, corred en silencio,
 Humildes lágrimas mias;
 Y vosotras, anhelantes,
 Almas tiernas y benignas,
 De santo fervor guiadas
 Y por la fé conducidas,
 En su soledad profunda
 Acompañad á María.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

ECCE HOMO.

¿Quién abrió los raudales
 De esas sangrientas llagas, Amor mío?
 ¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
 De horror y palidez? ¿Cual brazo impío
 A tu frente divina
 Ciñó corona de punzante espina?

(LISTA.)

Reposaba el mundo aguardando un gran suceso. Agitábase una poderosa idea en el seno de las naciones, y todas las miradas se dirigian al Oriente, donde se hallaba la cuna de sus esperanzas. La humanidad aguardaba en Dios, porque todo se iba arruinando. Morian las creencias, el imperio del mundo que la victoria habia puesto en las manos de un solo hombre, á quien habian cantado los mas hermosos genios de su siglo, cuyas obras han quedado como monumentos del pensamiento humano, á quien la religion habia consagrado, á quien la esclavitud y el servilismo habian levantado altares en un templo, el imperio caia desde la altura, en que le habian colocado la espada de César y la política de Augusto, á la estúpida tiranía de Tiberio, que doblaba su frente bajo tan pesada corona, é iba á encerrarse en Caprea y á ocultar sus vergonzosas orgias y desórdenes.

Entonces en una ciudad de Judea, pais que habian conquistado á su paso por ella los romanos, moría un hombre sobre la cruz condenado por la autoridad pública. Algunas palabras esparcidas en la obra maestra de Tácito, el historiador inmortal de Tiberio, cuentan indiferentemente á sus contemporáneos que en aquel tiempo un Nazareno era condenado á muerte y ejecutado en Jerusalem por crimen de sedición.

En efecto, el Nazareno pereció en el suplicio de la cruz. Hé aquí lo que se contaba de él: nacido en un establo habia crecido en la oscuridad y en la indigencia. Lo que jamas habia hecho reformador alguno lo hizo él, pasando treinta años de su vida, no en meditar sobre los sistemas filosóficos, no en viajar entre los sábios para estudiar la tradicion, sino pobre con los pobres, atravesando todos los dolores humanos hasta llegar al cumplimiento de su mision divina.

Los años se han sucedido á los años, y el mundo, habiendo envejecido diez y ocho siglos, ha visto que la soberanía y la gloria han cambiado de campo y de bandera. Todo lo que tan fuerte y poderoso era, ha caido. Todo lo que era pequeño y oscuro, se ha levantado. La raza de César habia desaparecido en la tempestad, sus palacios se habian hundido en medio de las ruinas de Roma entregada á los bárbaros. La tumba misma no habia guardado los huesos del que era el soberano del mundo, del que se habia visto en vida colocado sobre los altares. Otro señor manda el universo; por él conserva aun Roma hoy el cetro del mundo, empero gobierna de otro modo y á otros súbditos. El autor de esta asombrosa revolucion es el Niño del establo, y este soberano del universo es el Nazareno crucificado en Jerusalem. En tres años verifica su grande obra. Reune á su voz las turbas de la Judea. Nunca un hombre habló cual él: allí, donde los filósofos no habian sabido mas que tartamudear: allí, donde los legisladores se habian detenido, no osando pasar adelante, Cristo enseñaba y mandaba con una autoridad tan dulce y tan fuerte á la vez, que ella sola era un prodigio.

Jesucristo no solo resuelve todos los problemas del mundo en la parte mas eminente de su composicion, el alma, sino que vino á cambiar la faz del universo social, á predicar el Evangelio, la buena nueva á los pobres, y á curar á los que sufrían en su corazon, anunciando la libertad á los que yacian entre cadenas, comenzando la civilizacion por donde habian concluido los otros legisladores. Proclama la igualdad de todos ante Dios. Ante él quedan confundidas todas las distinciones. Los mas adelantados legisladores que pueda tener el mundo, no podrán nunca escribir en sus códigos nada mas liberal y favorable á los pueblos que lo que Cristo estableció hace diez y nueve siglos. ¡Habrá para todos una misma ley!...

Moisés en su legislacion no habia visto mas que hermanos; pero esta idea de la fraternidad judaica, tan generosa y grande en comparacion de las doctrinas que regian entonces el mundo, Jesucristo la aplica á todos los hombres, á todas las naciones. Para Jesucristo todos los hombres y todas las familias de la tierra no son mas que una sola y única familia. Eleva la condicion degradada y envilecida de la mujer al nivel del hombre. Predica la humildad, la caridad y la beneficencia. Jamás el mundo habia oido proclamar una doctrina mas general y mas consoladora: el alma era igual al alma, el hombre era igual al hombre, y los ecos de la Palestina estendieron al universo entero este grito santo de emancipacion. A la voz de Jesucristo todos los hombres son *libres, iguales y hermanos*. Cuando atravesaba las poblaciones de la Judea con el poder de la palabra y de los milagros, la multitud se decia al oírle: ¿*Nonne est hic Faber?*? Es este el artesano, el hijo del carpintero? Cuando condenaba á los fariseos, perdonaba contra todos sus acusadores á la mujer adúltera, cuando lleno de indignacion cogia un látigo, y arrojaba fuera del templo á los vendedores que convertian en un mercado el templo del Señor, preguntaba así asombrada la muchedumbre: ¿*Nonne est hic Faber?*? Es este el artesano? Es un hombre el que desde el templo penetra en la sociedad, renueva su constitucion, ó mejor dicho, reconstituye sus elementos, que impregna toda

entera de su propia vida, que hace penetrar hasta en sus entrañas los principios desconocidos del derecho, de la justicia y de la libertad?

Este hombre era un Dios, vino á fundar la nueva sociedad, y fué el mártir de su doctrina. El ódio de los doctores y de los fariseos sublevó á la muchedumbre.

Después de haber celebrado la Pascua, Cristo va al monte de las Olivas; mas apenas sale de las angustias que acababa de sufrir, previendo el crimen que iba á entregarle al Sanedrín, se presenta Judas. Judas es el traidor que debe entregarle, ¿qué hace Cristo? Se entrega sin titubear á los soldados que vienen á prenderle. Pedro, para defender á su señor y maestro, saca la espada y corta la oreja de uno de los criados del gran sacerdote. Jesucristo toca la oreja de Malco, y Malco queda curado. Los que llevan al prisionero se burlan de él, le insultan, le hieren; Jesucristo permanece siempre tranquilo. Herodes le interroga para satisfacer una indiscreta curiosidad, Jesucristo no responde nada. Le revisten una túnica blanca en señal de burla y escarnio, y le llevan á Pilatos. El procónsul romano le pregunta: *¿Eres rey?* y respondió: *Lo soy.* Este juez débil, que habia reconocido su inocencia, permite que le azoten, y pongan sobre su cabeza una corona de espinas y una caña por cetro en sus manos.

Doblan ante Cristo la rodilla para arrojar el sarcamo y las palabras mas denigrantes, escupen sobre su hermoso rostro. Presentado al pueblo por Pilatos, que les dice: *¡Ecce homo!* *¡Ved aquí el hombre!* un grito unanime, furibundo, pide su muerte. Entonces es conducido al suplicio llevando sobre sí, segun la ley romana, el instrumento de su muerte. Es crucificado entre dos ladrones. Los que pasan menean la cabeza blasfemando contra él. Los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos de Israel le desafían á que baje de la cruz, y parecen desafiar á Dios mismo á que lo descuelgue de ella. Ni una sola palabra de amargura sale de sus labios, y rogando por sus verdugos á la hora séptima del día, cubriéndose la tierra de tinieblas, oscureciéndose el sol, apagándose el fuego de Vesta y rasgándose el velo del templo, inclina Jesucristo la cabeza y espira, rasgándose al mismo tiempo la ley del mundo esclavo!...

Jamás presencié el mundo una muerte semejante. Todas las circunstancias de su pasión habian sido contadas mil años antes circunstanciadamente por los profetas. ¿Qué individuo podia ser bastante hábil y poderoso para poder fundir exactamente todos sus proyectos en un molde dado de antemano, y proclamado por los siglos para representar un papel marcado? Si ese individuo no es mas que un ambicioso ó un hombre, ¿consentiria en morir como murió Jesucristo?

No, era Dios, y tres días después de su muerte, á pesar de haberse sellado su sepulcro con el sello del César, y haberse puesto numerosas guardias para custodiarlo, que tenian misión de justificar el crimen del pueblo y del Estado, probando la impostura de la víctima que habia anunciado su resurrección, se verificó esta resurrección segun su palabra. Y aun permaneció en el mundo mostrándose á sus Apóstoles, conversando y comiendo con ellos, y después, á los cuarenta días, en su presencia y en la de su madre, que habia asistido á la agonía del Gólgota,

se elevó á los cielos, dejando al mundo por herencia una religion que durará hasta el último día de los siglos, siendo las pruebas irrecusables de la divinidad de Jesucristo un hecho, un libro y una institucion.

¡El hecho son sus milagros, el libro el Evangelio, la institucion la Iglesia!

El milagro es la mas brillante, la mas popular, la mas irresistible de las pruebas. Es un hecho público, un hecho que se toca, que se palpa, que se apodera de los sentidos y del alma. Cristo, con una palabra, calma la tempestad, camina firme sobre las olas, y multiplica el pan para alimentar en el desierto las inmensas y hambrientas turbas, da vista á los ciegos, oído á los sordos, habla á los mudos, hace obedecer á la muerte contra la naturaleza, reanima el cadáver de Lázaro, su amigo, muerto de cuatro días, y todo esto no lo hace por virtud estraña, sino por sí mismo, en su nombre propio, delante de todo un pueblo; y no se diga que el interés humano ha podido dictar su testimonio; los que han atestiguado esto han sufrido todas las inmolaciones, la muerte misma...

El Evangelio es un monumento que eclipsa todos los monumentos que nos ha legado el pensamiento de los mas célebres géneos, que ninguna medida humana basta á abarcar. Libro al alcance de todos, que un niño lo comprende, que el génio mismo no hubiera podido inventar. Este libro es como el cielo: ningun hombre hubiera podido crearlo, todos comprenden su lenguaje: ese libro es la palabra de Cristo.

Ademas del milagro que pasa, y de un libro que pudo quedar en el olvido en medio de las ruinas de los siglos, Jesucristo crea en una institucion el mundo espiritual. La Iglesia es, bajo una forma exterior y visible, la constitucion viva de las inteligencias, es el reino de las almas en la tierra. Nadie antes de Jesucristo habia oido hablar de este reino. Existian sin duda en el seno de la humanidad sus elementos; ¿pero quién los ha sacado del caos? ¿Quién les ha dado leyes y ha hecho de ellos un mundo nuevo? ¿Quién ha cogido este mundo en sus manos, y lo tiene, por decirlo así, suspendido en el aire y sin apoyo, y esto hace diez y ocho siglos? Este mundo es la creacion de Jesucristo. Nada mas grande, nada mas armónico, nada mas vivificador, nada mas fecundo... nada mas divino.

Para la creacion del universo material no necesitó Dios mas que una palabra; no necesitó mas Jesucristo para producir su Iglesia. Dijo una palabra: «Venid, seguidme.» Esta palabra le dió sus discípulos. Dice otra palabra: «Id y enseñad.» Y esta segunda palabra le da el apostolado, la jerarquía, la autoridad. Y esta Iglesia dura y durará hasta la consumacion de los siglos.

Dos medios habia de estenderla, la fuerza y la persuasion; la fuerza, que tan gran papel ha hecho en el mundo, y de que están llenos los anales de la humanidad, tiene triunfos sangrientos, pero pasajeros. Si la religion de Cristo hubiera sido una institucion humana, hubiera podido pretender este género de suceso; y en verdad, en aquella época de decadencia universal, en que todo caía en ruinas, en que los orgullosos romanos adoraban divinidades, que se llamaban Tiberio, y un poco mas tarde Neron, Domiciano, Calígula; en que las almas amoldadas á todos los despotismos, es decir, al del vicio, no tenian energía sino para el placer, pare-

cia llamada la fuerza á inesperados triunfos. Jesucristo condenaba la fuerza y glorificaba la paz. Dulce y humilde de corazón, quiso que se opusiese á la violencia de la tiranía una arma nueva en el mundo, la caridad. Mandó á sus discípulos que combatesen descubriendo sus pechos y sabiendo morir. Y esta enseñanza de tal modo se grabó en ellos, que durante tres siglos se llenó el mundo de sangre cristiana, y durante tres siglos no se oyó mas que el ruido del hacha al caer sobre las víctimas, los denuestos, la alegre algazara de los verdugos por una parte, y por otra, las palabras heroicas, la oración ardiente y los últimos suspiros de los mártires.

Cristo emplea la persuasión para difundir en el mundo su divina doctrina. Llama un día, á orillas del lago de Galilea, á doce pescadores, de los que el uno se llama Pedro, el otro Andrés, el otro Santiago... Los instruye durante tres años, lo que bastaría apenas entre nosotros para aprender á hablar correctamente la lengua; despues los envia por el mundo diciéndoles, marchad... Tú á Alejandría en medio de la filosofía ecléctica: tú en medio de la juventud brillante y burlona de Atenas: tú á los Scitas: tú á la India: tú á Jerusalem á desafiar el odio de los sábios de la sinagoga: tú, Pedro, á Roma al lado del Capitolio, vé, marcha á hacerme adorar al lado de Júpiter. ¿Con qué podía contar Cristo, el hijo de un carpintero, el hombre oscuro, condenado á muerte por la autoridad pública de su país, al enviar estos estranos mensajeros de su doctrina? ¿Sobre la elocuencia de estos rudos hijos del pueblo, que ignoraban las reglas mas concisas del mas ignorante de los idiomas? ¿Irian á estremecer con terribles barbarismos los sábios oídos de Roma y de Atenas? ¿Iria, Pedro el pescador, á disputar con Séneca, el soberbio preceptor de Neron, que ha dejado tantos tratados de filosofía? Pues bien, estos hombres sin ciencia, sin riquezas, sin política, que de nada les hubieran servido, han luchado cuerpo á cuerpo con aquella sociedad de retóricos, de filósofos, de hombres desordenados, de poderosos, y ellos solos, sin mas fuerza que la de Jesucristo, sin mas palabra que la suya en los lábios, los han derribado, los han encadenado, los han persuadido, y hace diez y ocho siglos los veneran como santos, y hace diez y ocho siglos repiten como ellos: ¡Jesucristo es Dios!

Y el mundo ama á Jesucristo como á Dios, cual no podía amar á un hombre solo. Era altamente imposible que un puñado de polvo, que estuviere despues de diez y ocho siglos en un sepulcro, y en un sepulcro que no existe en ninguna parte, pudiera escitar el amor mas apasionado, mas heróico, mas propagado que se ha visto en el mundo. Se ha visto á muertos célebres escitar una sedición; se ha visto el cadáver sangriento de Lucrecia derribar la monarquía de los Tarquinos; se ha visto el cadáver ensangrentado de Virginia derribar el poder decenviral de la república romana; se ha visto el cadáver sangriento de César escitar á Roma á la venganza, y su sombra cerniéndose sobre la batalla de Accio, decidir tal vez la victoria y los destinos del mundo. ¿Pero quién ama hoy con un amor verdadero, con un amor interior á César, á Alejandro, á ninguno de los héroes que han gobernado el mundo? ¿quién por ninguno de ellos, ni por su nombre daría sus bienes y su vida, como

tantos millones de hombres están dispuestos á darla hoy por Jesucristo?

Vamos á terminar este artículo con un pensamiento del emperador Napoleon I, escrito en la isla de Santa Elena, prueba magnífica de la Divinidad de Jesucristo, y que no desdeñaría la pluma mas religiosa y elocuente de los mas grandes apologistas de la religion cristiana.

Oigamos al emperador Napoleon.

«Yo conozco los hombres, y os digo que Jesucristo no es un hombre. ¿Concebís á César emperador eterno del senado romano, y desde el fondo de su mausoleo gobernando el imperio y velando sobre los destinos de Roma? ¿Concebís un muerto que tiene soldados sin paga, sin esperanza en este mundo, y que les inspira el valor en las privaciones mas extraordinarias? ¡Hé aqui el milagro perpétuo de Jesucristo! Todos los que creen en él, sienten este amor superior é inesplicable: yo esto es lo que admiro mas y lo que me prueba absolutamente la Divinidad de Cristo. Yo también he entusiasmado las muchedumbres, pero necesitaba mi presencia, una palabra de mi boca, la electricidad de mi mirada: entonces yo encendía el fuego sagrado: hoy, clavado sobre esta roca, ¿qué soy al presente? aun unos instantes mas, y mi cuerpo será pasto de gusanos. ¿Qué profunda miseria, qué diferencia entre mi y el reino eterno de Jesucristo, siempre amado, siempre vivo en el universo! ¿Qué milagro! Hé ahí un conquistador, que se incorpora á sí mismo la humanidad; cosa asombrosa, el alma humana convertida en la propiedad de Jesucristo.»

Los dos mas grandes Césares del mundo antiguo y moderno, CONSTANTINO y NAPOLEON I, han probado la divinidad de la religion cristiana; el uno proclamándola la religion del mundo en el siglo III, y el otro, restableciéndola en el imperio francés en el siglo XIX!...

EL CONDE DE FABRAQUER.

AL BORDE DE LA TUMBA.

SONETO.

(Imitacion del portugués.)

Pequé, Señor, mas no porque he pecado
De vuestra alta clemencia me despido,
Que cuanto mas hubiese delinquido
Os tengo á perdonar mas empeñado.

Si verme pecador os ha indignado,
Cedereis al mirarme arrepentido;
La misma culpa con que os he ofendido
Os tiene á la indulgencia preparado.

Cuando vuelve al redil de sus amores
Una oveja perdida y recobrada,
En júbilo se inundan los pastores.

Yo soy, Señor, oveja descarriada,
Mirad, Pastor divino, mis dolores
Y recobradme al fin de la jornada.

MANUEL DEL PALACIO.

Por todo lo no firmado,

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.